

VISTO Y OIDO

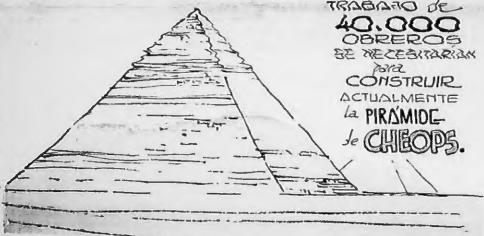
★ Porque buscaron al Plesiosaurio ★ por PREMIANI



LA MODA
de las
**UÑAS
ROJAS**
PROVIENE
del
HAREM
de la
ANTIGUA
TURQUIA.

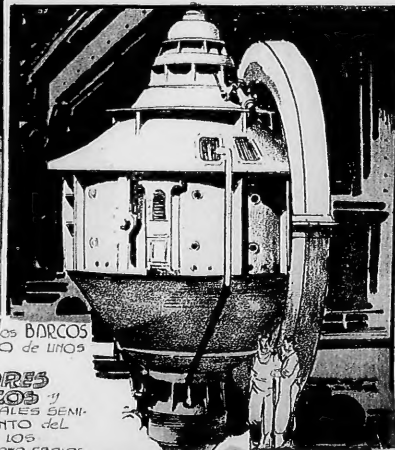
500.000.000

DOS AÑOS de
TRABAJO de
40.000
OBREROS
SE NECESITARÁN
para
CONSTRUIR
ACTUALMENTE
la PIRAMIDE
de **CHEOPS**.



La BÚSQUEDA del **PLESIOSAURIO** en la
PATAGONIA SE ORIGINÓ en el HALLAZGO
de un TROZO de PIEL de **MILODON**
en AQUELLOS LUGARES.

CUANDO el **ROBESPIERRE**
LE PIDIERON GRACIA por
el POETA **ANDRÉS CHENIER**,
CONDENADO a MUERTE por la
REVOLUCIÓN, RESPONDIÓ QUE PLATÓN
TAMBIÉN CONDENABA a los POETAS.



La ESTABILIZACIÓN de los BARCOS
SE ASEGURA por MEDIO de UNOS
APARATOS LLAMADOS
**ESTABILIZADORES
GIROSCÓPICOS** "SON COMO LOS CANALES SÉN-
CIRCULARES del LABERINTO del
OIDO QUE IMPIDEN QUE LOS
HOMBRES ANDEMOS COMO EBRIOS

Nada le chate. Acostumbrado a ese trato, se interesan más por el ave accidentada. Acosan a su padre a preguntas. Las respuestas no se hacen esperar. Son amplias. Ante la expectación de todos, el braxo maestro de Toribio impugna la punta del cuchillo, que se hunde en la carcacha del palmito, seccionándolo. Dispara a borbotones la sangre humeante a la izquierda en el suelo frío, y un perro barcino que se acercó al grupo, lame con delirio, procurando no alzar tierra.

★

El to ha terminado su misión. El ave accidentada es el diluido rastro que desparece al viento. El frío acometa resaca templada. Los cuervos se oyen susurrando, sus hojas por el lavadero, las gallinas se agrupan a la intemperie; se oyen susurros que otro par de pájaros buscan al abrigo para pasar la noche, y la multitud, por fuera de la costumbre, viene llevando al corral.

A la débil luz de un candil, se mueven como gomitas en el cuarto los "surin"; domina el ambiente un apesadumado y casi guiñado. En un rincón, arrojado como un trapo viejo, se acuchilla sobre el "recao". Toribio permanece silencioso, pitando. Con frecuencia se descomponer a las incógnitas preguntas de sus hijos, que vienen a sus rotilas.

— ¿Vos no comés puta, pito? —

— Coma usté, m'hijito... coma usté. Ya va a comer se tata... —

Cirica, desde que ocurrió el incidente por la mañana, arca tiesa, entripada, "madrifil", daltosa; todo lo hace a car con resvientes rápidos, como si la cena tosa su fin.

— Por qué no me servís, Cirica? — interroga Toribio, yendo a tomar la diluida presa con la punta del cuchillo.

— Porque no se me ha da la gana! — contesta aquella de muy mal humor, cruzándose a su frente.

— ¿No es una razón...? — habla fuertemente Toribio, llevando la presa a la boca, sujeta a tuvierse temer por la actitud preceptiva de su hijo.

— ¡Vos no va'a comer, per brutol! — insiste aquella, enojada en su enjuto, y por sus nervios, Cirica aplica su ahora carbelada a su marido, haciéndole saltar el bocado.

La reacción de aquel hombre, mismo como una ovella, es el aplacado. Enardecido por el aplacado, erguido de ira, fuerza de espíritu, irguen en poder de su gimiento el facón y lo impulsó sobre su mujer con todas las fuerzas de ese cuerpo. La pose del arma, delinea la trayectoria fatal la fuerza pulsada, chocando en el cuerpo blando del animal, impulsándolo contra el suelo.

Vomitando espumarajos de sangre por la herida abierta, la costura de una red, se angustia, dificultos, exhalando quejidos de angustia y desesperación, la vida de aquella madre se angustia precipitadamente, ante la descomposición de su cuerpo, ante los abortos de espasmo una escena que no acierta a reproducirse, en tanto que el animal, saliente, con sus agallas, torbellinos, se traza una trayectoria.

— ¡Has visto, Cirica... No querías ver? — No me quisiera hacer perder la panacea...

ARISTIDES RECHAUVE

Glenn... Hi tienen — dice integrando el ave ya muerta.

Los "surin" cargan todos a un tiempo sobre la presa; rasguños y daltos al pretente se rubrican la escena.

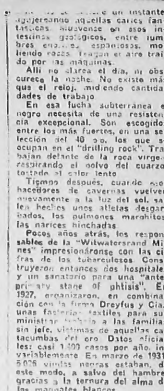
— ¡Ep, ep...! — Intervia mesmo se los quitó — averría Toribio, fingiendo enojo.

— Ya no soy, tatita — daltoso, pso uno.

— ¡Ay, ay! A mí también rascó, porq'ue la ualición preferí, debió a los bayanes.

— Si m'hijito, a usté tabeban, ¡Nada's protesti...! — llaman pa-

p2r RAUL BOPP



individuo que "delinquirá" y le llevarán a las afueras de la ciudad, lo pintaron de alquitrán. Después lo cubrieron con plumas de aveSTRUZ, abandonándolo en la calle.

"Son cosas comunes —dijome un descendiente de los WORTEN— ALBOR. Es la guerra al Negro negro. Nuestro pueblo no tolera nuevas plantaciones de sangre.

bor Dirks



↳ Monos de Rodriguez

[illegible]

aballero brido
alas indu-
está a puen-
de treinta y
verdadero ro-
el siglo pa-
elquela Al-
a una rubia
sen vivió ho-
libertas bo-
bis.

hincapié en
clamaron in-
do a ciertas
be. Refe-
delo idio vi-
ricas ribera
atenoras a
apicenes que
y y salvaje-
señores
falcon. Sex-
chuan efectua-
ur la maxim-
en cuestio-
a con-
la oritánica,
tamente que
u exclusivi-
des de chi-
on, archoni-
lames y en
estos de ga-
"elotors, ap-
mas egip-
ding, par-
"elotors y
y un fin-

polución, por
de lo tennis
cient, las es-
no, no puede
presta para

guez



10

Petronio no se Abrió

NACIO en los días en que los hombres vestidos de verde hacían pasar por los jóvenes a través de círculos de fuego, en que porteros babilónicos, de túnica cerrea, cocían arvejas en fuentes de plata, delante de los mosaicos galantes, a la entrada de las ciudades, en que los libertos, llenos de estereos, desempeñaban en las ciudades de provincia las funciones municipales, en que recitadores cantaban en el desierto poemas épicos, en que el lenguaje estaba repleto de palabras de egiptología y de innúmeras redundancias leídas del Asia.

VENAS

no era pequeño, negro y malo de un ojo. No era tampoco de raza noble. Tenía manos de artesano y un espíritu cultivado. De allí vino que tomara placer en ordenar las palabras e inscribirlas. Ellas no se parecían en nada a aquello que los antiguos poetas habían inventado. Porque ellas se esforzaban en imitar todo lo que rodeaba a Petronio. Y no fue sino más tarde que él tuvo la molesta ambición de componer versos.

Se dice que cuando hubo acabado los diez y seis libros de su invención, hizo venir a Syrus para leerlos, y que el esclavo reía y miraba en alto, golpeándose las manos. En este momento ellos concibieron el proyecto de poner en ejecución las aventuras imaginadas por Petronio. Y así nos dice falsamente que Petronio era árbitro de elegancias en la corte de Nerón, y que Tigellio, celoso, le hizo enviar una orden de muerte. Petronio no se desvaneció delicadamente en una balladra, mientras murmuraba pequeños versos lascivos. Se fue con Syrus y terminó su vida recorriendo los caminos.

La apariencia que tenía le hizo fácil el disimularse. Syrus y Petronio llevaron por turno el pequeño saco de cuero que contenía sus efectos y los denarios para gastar. Durmieron al aire libre. Vieron brillar tris-



lamente dorada. Pequeñas cajas de marfil hindú encerraban perlas ardientes destiladas a los comensales. Las fuentes estaban perforadas de distintas maneras y llenas de aguas de colores que sorprendían al flir. Toda la cristalería flotaba monitruosamente idéntica. Al tomar ciertas urnas las asas se rompían bajo los dedos y los flancos se abían para dejar caer flores artificialmente pintadas. Paisajes de África, de mejillas escarlata, parlotaban dentro de jaulas de oro. Detrás de rejas incrustadas en las nias murallas, daban alaridos muchos monjes de Egipto, que tenían caras de perro. En receptáculos precisos se arañaban bestias delgadas, que tenían flexibles escamas rutilantes y ojos que irradiaban azul.

rus le conducía a los baños de esclavos, las celdas de las heretisas y los reducidos subterráneos donde los figurantes de circo se ejercitaban con espadas de palo. A las puertas de la ciudad, entre las tumbas, Syrus le contó las historias de los hombres que cambiaban de piel, que los negros, los sirios y los soldados guardianes de las cruces suplicantes, se pasaban de boca en boca.

Hacia su trigésimo año, Petronio, ávido de esta librería diversa, comenzó a escribir la historia de los esclavos errantes y iurguistas. Reconoció sus costumbres en medio de la transformación del lujo; reconoció sus ideas y su lenguaje en medio de las educadas conversaciones de los festines. Solo, delante de su pergamino, apoyado sobre una mesa perfumada hecha de madera de cedro, dibujó con la punta de su "calamus" las aventuras de un populacho ignorante. A la luz de sus altas ventanas, se imaginó las antorchas humosas de las fondas, y ridículos combates nocturnos, y cerraduras raras-

Así, Petronio vivió desdichadamente, pensando que el aire como que respiraba, estaba fumado para su uso particular. Cuando llegó a la adolescencia, después de haber heredado su primera herencia en corte de oro, comenzó a mirar a su alrededor. Un esclavo, nombre Syrus, que había crecido en la arena, le mostró las cosas desconocidas. Petronio

Marc Schütz
Dibujos de Petronio



ALLEGORIAS DEL RIO Y DEL ATUAJE



Parará serpentero que pisa
Con sus desnudos pies patrias gemelas,
Y que, cuanto más corre, más irisa
Su traje de aceradas lentejuelas.

Nace del nido de los padres ríos.
Su linfa, en mulos líquidos enlaza
Las vejigas de cuero y los navíos,
Objetos de la tribu y de la raza.

Y de la tierra verde en los confines
Tiran del carro de sus cataratas
Los cien caballos de doradas crines
Y aletas de murecínago en las patas.

Pintadas flechas de la luz arquera
Se elevan, espejando, en sus umbrales
Donde yergue la indígena palmera
Su obelisco de escamas vegetales.

Fué ayer nomás cuando miré Gabote
—Brújula vertebral de ojos imanes—
Trizando estrellas de fulgor ignoto
La fauce estibular de sus caimanes.

Fué ayer nomás lo que hoy está marchito.
No importa que un caudal a otro suceda,
Pues como el tiempo frente a lo infinito
El agua pasa pero el río queda.

Fué ayer cuando mi cuerpo con el pudo
(Pasajero gimnasio, onula liviana)
Casi sin desnudez de tan desnudo.
Fué ayer nomás y lo será mañana.

Cuando la barca de apocadas velas
Hucra de pulos y corlelería,
Muestra en sus bandas jarcas paralelas
Con cuajos de convulsa pedrería.

En lejanías veo, enlajeadas
De lienzos verdes, amarillos, rojos,
Embarcaciones apelonadas
Para que quepan bien en nuestros ojos.

Barcazas amarradas al socaire,
Sucias como zapatos de inmigrantes,
Y tan que balancean con ese aire
Tan dócil, propio de los elefantes.

Que, formando estéticas aureolas
Sueñan alrededor tréculo arado
Apenas desgarrado por las alas,
Tal como la colilla de un cigarro.

Sobre el puente de un barco naranjero
Aromado de especias frutieras
Muestra el busto tatuado un marinero
Con signos mágicos y alegorias.

Y forman en su espalda las arrugas
Ondas como hay en las ilustraciones
De océanos antiguos, con tortugas
Tridadas por parejas de leones.

Vario mar de velámenes latinos
Y cabellente espuma de rocallas.
Púrpura viva en náuticos platinos
De pez que infla y desinfla sus agallas.

Grutas que filtran láminas de cielo,
Verdiberosos resplandor que imita
Agujas de agua y pólipos de hielo,
En sobrenatural estalactita.

Sirena que en la arena descalzaba
De frágiles caballos acuáticos.
La rienda, un lípico. La montura, un alga
Y más abajo de coral estritos.

A su lado, en ficción de caza y pesca,
Un arquero desnudo en una roca
Echa hacia atrás su máscara faunosa
Y se araña una flecha de la boca.

Entrelazada guía de espirales.
Circunda los ombligos y bujes
Hacia los dos ríftones en el cielo
Se hunden onduladas de las de baraja.

Completa la monstruosa taracea
Pájaros y hojas en compacto friso,
Con tal deformidad que acaso sea
Una zona infernal del Paraíso.



Por ambos brazos baja una serpiente
Como anillada tripa, de manera
Que si se mira inadvertidamente
Más parece una antídoto pulsera.

La cabeza, en la mano, me tomo miedo
Al villorear con ponzotez conjunta
Una lengüeta para cada dolo
Que lo recorre hasta la misma punta.

Pónese ahora el río luminoso,
Y bajo el oro de la tarde quieta
Enormemente largo y silencioso
Brilla como la cola de un cometa.

Cosa imposible cuando el barco vuelve
A reflejar en superpuestas franjas
—Jugosa orografía de la selva—
Su montículo lúvero de naranjas.

En la costa, los árboles baldíos
Ahondan en secretas opiedades
Esa melancolía de los ríos
Cuando pasan delante de ciudades.

Y el marinero que en la sed y el hambre
Aventuró cien puertos y países,
Ahomía el torax y de su pelambre
Nace figuras como cicatrices.

Como si fuese ayer, recuerdo todo
Primero, los pinchazos de la aguja
Clavada oblicuamente, único modo
Que no salte de sangre una hurlujá.

Después, la aplicación de tinta china
Que da, bajo la piel, su azul de vena,
Y por último el frote con orina
Que a veces causa una mortal gangrena.

Y así fueron surgiendo con sus teñidas
Bajo la habilidad del operario
Las simbadineras maravillas
Que esegó en un fantástico muestrario.

Ya sea el pez entre real y utópico
—Porque no hay nada cierto que lo ex-
plique—
Que en la córnea del ojo telescópico
Fulgura transparencias de alambrique.

Lo rodean imágenes profundas
En alternadas circunvoluciones.
Guineadas de fosforescas medusas
Y valvas de entreabiertos mejillones.

Signos de arábicas astrologías.
No hay en su piel su sitio que el ornato
No haya cubierto de insignificas
Como el entretejido de un brocado.

Cuando dilata su musculatura
El traslucido, con acético lustre,
Junto a las lons de la arboladura
Le da un barniz de semillas lacustres.

(Abichuelas con cúpulas trezadas
Como colmenas, sobre largos zancos.
Grandes pájaros de alas naranjadas
Que caen, con asas en los flancos.

Dátil de gruesa piel, arrugas de higo,
Epidérmis tirante de la luna.
Futa que da en ahumbrado ombligo
Miel de sol y azúcares de luna).

Quieto el aire, ya el río no hace ruido,
Poroso de neblinas y vapores.
Y parece que el cielo ha descendido
Sobrecargado de húmedos colores.

Cielo que tiene al acabar el día,
Aureoladas de místicos encantos
Esa nubes de la leonografía
Para parar en ellas a los santos.

Gorda paloma hacia el follaje obscuro
Vuela volando en aploreado vuelo.
Es ya la hora del azul maduro
Y el cielo tiene densísimo cielo.

HORACIO
REGA
MOLINA
ILUSTRACION DE
P. GUIDA

Ingrid en los Hielos

CHARLES RABOT

ILUSTRACIONES DE Pascual Güida



El feminismo consigna triunfos hasta en el mundo polar. Después de las brillantes campañas de la señorita L. Boyd y de la señora Smet en regiones muy difíciles del Océano Ártico, he aquí que una noruega, la señora Ingrid Christensen, que en 1931 había ya cumplido un viaje en el Atlántico, ha renovado esta exploración durante el transcurso del último verano austral.

Antes que ella, ninguna mujer había osado aventurarse entre los hielos del hemisferio Sur.

Su esposo, Lars Christensen, el gran armador de barcos para la caza de ballenas, estimando que, para dirigir esta industria, necesitaba a tantos factores aleatorios y perfeccionar los procedimientos, es indispensable conocer por experiencia propia todos los mecanismos que la componen, decidió ir a visitar sus barcos en el Océano Índico Atlántico, como ya lo había hecho en 1931.

Antes que ella, ninguna mujer había osado aventurarse entre los hielos del hemisferio Sur.

Terminados los trabajos, Christensen, a quien la abundancia de los hielos había inmovilizado hasta ese momento, pasó a otro barco: después, la señora y el señor Christensen y sus invitados tomaron el camino de retorno, viajando en el curso de su ruta las idas expeditas en la inmensidad del Océano Austral. Dos veces, en el curso de este viaje estuvieron al borde de un catastrófico. Durante un buceo una ballena monstruosa se abrió sobre el Thorshavn, el tabique del salón situado en el tercer piso de la pasarela, a más de nueve metros sobre la línea de flotación.

Cuatro días más tarde, suponiendo haber pasado la región en la cual se está explorando a encontrar icebergs, la expedición había comenzado a navegar de noche cuando, brusco, en la oscuridad, se encontró frente a frente con una montaña de hielo flotante. Algunos metros más de haber hubieran bastado para que el Thorshavn se destruyera contra ella y yudase a fondo con sus 40 hombres de tripulación y pasajeros y su cargamento millonario. Vexosamente, es a una colisión de este género a lo que se debe la pérdida total del desdichado buquesito.

El Thorshavn debía rescatarse tras estos males y, en cambio, embarcar el sector de los hielos fabricados desde el principio de la campaña de pesca. Las tempestades de nieve se sucedían sin cesar. En estas condiciones los transvaseos se hacían tremendamente difíciles. Sin embargo, gracias al empleo de cadáveres de ballenas, a guisa de amortiguadores de los choques entre los barcos, éstos pudieron colocarse bodega contra bodega, sin temor a las averías.

Mientras estas peripecias se sucedían y eran remedadas lo mejor posible, la expedición llegó a tener a la vista el continente Antártico, en una región desconocida hasta apenas tres años. El señor y la señora Christensen tomaron parte en seguida en la caza de ballenas, sobre pequeños vapores empulados hoy en día para capturar el mero marino. Antonomias de paso que el tiro, en esas condiciones, es mucho más difícil de lo que parece: la presa tiene un gran

tamaño pero es extremadamente móvil y el tirador mismo se desliza a una velocidad de 222 kilómetros por hora.

Sempre cuidadoso de servir a la ciencia, el señor Christensen envió al Museo de Historia Natural de Francia una pieza anatómica de un volumen extraordinario, proveniente de una ballena capturada durante esta campaña.

Terminados los trabajos, Christensen, a quien la abundancia de los hielos había inmovilizado hasta ese momento, pasó a otro barco: después, la señora y el señor Christensen y sus invitados tomaron el camino de retorno, viajando en el curso de su ruta las idas expeditas en la inmensidad del Océano Austral. Dos veces, en el curso de este viaje estuvieron al borde de un catastrófico. Durante un buceo una ballena monstruosa se abrió sobre el Thorshavn, el tabique del salón situado en el tercer piso de la pasarela, a más de nueve metros sobre la línea de flotación.

Cuatro días más tarde, suponiendo haber pasado la región en la cual se está explorando a encontrar icebergs, la expedición había comenzado a navegar de noche cuando, brusco, en la oscuridad, se encontró frente a frente con una montaña de hielo flotante. Algunos metros más de haber hubieran bastado para que el Thorshavn se destruyera contra ella y yudase a fondo con sus 40 hombres de tripulación y pasajeros y su cargamento millonario. Vexosamente, es a una colisión de este género a lo que se debe la pérdida total del desdichado buquesito.

El Thorshavn debía rescatarse tras estos males y, en cambio, embarcar el sector de los hielos fabricados desde el principio de la campaña de pesca. Las tempestades de nieve se sucedían sin cesar. En estas condiciones los transvaseos se hacían tremendamente difíciles. Sin embargo, gracias al empleo de cadáveres de ballenas, a guisa de amortiguadores de los choques entre los barcos, éstos pudieron colocarse bodega contra bodega, sin temor a las averías.

Mientras estas peripecias se sucedían y eran remedadas lo mejor posible, la expedición llegó a tener a la vista el continente Antártico, en una región desconocida hasta apenas tres años. El señor y la señora Christensen tomaron parte en seguida en la caza de ballenas, sobre pequeños vapores empulados hoy en día para capturar el mero marino. Antonomias de paso que el tiro, en esas condiciones, es mucho más difícil de lo que parece: la presa tiene un gran

la danza, hace cinco años, en esa misma región.

Cinco años, como consecuencia de catástrofes espantosas, experimentadas por los glaciares antárticos, esta región del océano está infectada de temibles icebergs.

Se recomienda, en consecuencia, en tiempo de bruma, el tomar la temperatura del aire y la del mar en la superficie, cada media hora, ya que la proximidad de esos enormes trozos de hielo se revela por un brusco descenso del termómetro. Sin embargo, los experiencias del señor Christensen demuestran que sería pelotero confiar en ese solo procedimiento, ya que las excepciones son muchas y en ello va la vida de los audaces navegantes que se aventuran en tales zonas.

Una furiosa tempestad impidió a la expedición tocar la isla Bouvet, bloque de lava y de hielo descubierta por el explorador francés de ese nombre, hoy posesión noruega, atacada a Christensen. En revanche ella logró, al precio de grandes peligros, desembarcar en la isla Gough, solitaria y desierta, raramente visitada y desconocida aún en gran parte. Los noruegos terminaron su visita de las tierras desoladas del Atlántico Austral por la la Tristán de Cunha, donde una comunidad de 173 miembros, hombres, mujeres y niños, vive en condiciones únicas en el mundo. Esta pequeña colonia británica vive en el aislamiento más completo. Una vez cada 12 o 15 meses es reabastecida: pero en ocasiones el estado del mar impide el desembarco, como ocurrió hace muy poco.

La crisis de ganado, la pesca y el cultivo de la papa proveen a las necesidades de los insulares: si uno de estos recursos llega a faltar, sobrevienen penosas privaciones, durante la que meses. Sea de ello lo que fuere, esta vida, en plena libertad, posee atractivos irresistibles, a tal punto que un sileto emigrado al Cabo, donde ejercía el apacible oficio de conductor de trenes, tuvo que adaptarse al nuevo medio y aprovechar la primera ocasión que se le presentó para ir a la isla. La pequeña comunidad de Tristán de Cunha se distingue además de todas las agrupaciones humanas por sus particularidades notables: es, esencialmente, la sola asociación humana que no posee ni moneda ni otro signo monetario que le substituya; el tiempo es su único medio de cambio por otra parte, la comunidad no está encabezada por autoridad alguna: todas las familias tienen derechos iguales.

Sin embargo, tanto por su carácter como por su inteligencia, una vida posee un ascendiente reconducido de todos y se ha formado, en cierto modo la soberanía de la isla.

Christensen y su señora no se han dado por satisfechos con este largo viaje. Ya en ruta, nuevamente. Van con rumbo, por tercera vez, hacia los mares antárticos.

Peloponeso y Jazmín

★ por Hamlim

